

Una historia de cojones

(Cuento)

1

Nadie, en cincuenta leguas o la redonda, lanzaba las piedras como el Ezequiel. Ni a mano ni mucho menos con la honda. Su extraordinaria puntería causaba la admiración de todos, como la que causó siempre en el Maximiliano, antes de que descubriera o empezase a entrever lo que de oscuro, indefinido e inquietante se ocultaba tras aquella habilidad.

Se detuvo un instante el Ezequiel, e inclinándose ligeramente el cuerpo, siempre hacia la derecha, el lado de la mano que empuñaba la piedra, y el mismo lado donde le faltaba el ojo, echó el brazo hacia atrás, impulsándolo luego con brusco gesto.

- ¡Zas!

No se preocupó el Maximiliano de seguir el curso del proyectil, ni de comprobar la exactitud del mismo. Le interesaba mucho más observar, una vez más, la expresión en el rostro del mozo que adoptaba tras el lanzamiento. Y le impresionaba, el brillo intenso que se reflejaba en su ojo sano, como si de repente se llevase dentro de la órbita toda la luz que flotaba en el cielo.

Tenía el Maximiliano un oscuro trazo de vino patero en las comisuras de sus labios y la ligera bruma de una mancha le impedía hacer rodar como es debido los engranajes del pensamiento. No hacía mucho tiempo que le ocurría aquello, que para él era un achaque más, algo contra lo que ningún hombre puede luchar cuando ha traspasado la pirca de los setenta años.

El Maximiliano se había percatado que ya era una ñaupa, necesitaba cada vez más de la faja, esa especie de círculo mágico, se sólido lazo que mantiene erecto al hombre, que pone tibio calor de fuerza en sus riñones, que le endereza en momentos de esfuerzo, que le presta confianza en su propia potencia.

Ahora, cada noche cuando el Maximiliano desenrocaba la larga zimba de su cintura, era como si se desnudase por entero ante el cruel espejo de la vida. Y se veía tal como era: un viejo tronco ajado, con la corteza arrugada y seca. Y si algunas veces, más por querer engañarse que seguía siendo ese algarrobo joven de hace medio siglo, que por el sublime deseo, daba un codazo a su señora, coya polenta con la que se había juntado en segundas nupcias luego de enviudar. Y la montaba con el entusiasmo juvenil de un potrillo, enseguida sentía la flojedad de sus riñones, y a los pocos embates, con el corazón en el coto, volvía a dejarse caer sobre el pullo, resoplando como un caballo de labranza, al amargo sabor de la verdad entre los pocos dientes que le quedaban. Mientras que su mujer amagaba su deseo insatisfecho palpando la humedad dejada por otras sales en su pupo.

Si había algo que el Maximiliano le envidiaba al Ezequiel, era la rabia furiosa que se escondía bajo la piel atezada, esa presteza que da la sangre joven. Es todavía un ututo, decía, reconociendo para él solo las diferencias, yo ya estoy chuso.

Habían llegado hasta la puerta de la casa del Maximiliano. Un viejo caschi yuto se movía melosamente, dando la bienvenida a su amo. Ezequiel, al que nadie se atrevía a llamar a la cara por el tuerto, vivía a una legua más lejos.

- ¡Hasta mañana viejo!

- ¡Hasta mañana!

Se metió el Maximiliano en su casa, sentándose a la mesa donde la Coya le había dispuesto plato y cuchara. Con los ojos entornados, haciendo ir y venir la cuchara cargada de pulsado loco, el Maximiliano había dejado escapar los ratones de su imaginación que corroteaban torpe y alocadamente por el estrecho sendero de los recuerdos.

Se paseó la lenta mano del pensamiento por las pocas que guardaba un cerebro anquilosado por el trabajo y corroido por el tinto. La sola imagen del toro brilló con luz propia sobre el fondo calinoso de la pobre mente de Maximiliano. El "Turo", una bestia hermosa como nunca se había visto. Y, al mismo tiempo, la obsesión, casi mitológica del Tuerto.

2

Jadeaban las bestias, y los hombres respiraban con angustioso apremio de asmáticos. Más allá los hombres que dormitaban, uno bajo cada árbol, con la boca abierta aspirando el aire ardiente.

Más allá de la frontera donde terminaba la impaciencia,



cia, el temblor y la irritación de monturas y jinetes, estaban los toros.

Toros en pie y toros sentados, en cósmica indiferencia, sin más asomos de vida que el suave restallar de sus colas espantando las moscas. Tenían algo de estatuas de inmovilidad casi eterna. Todo era silencio, quietud, piel convertida en piedra, imagen ausente y presente a la vez. Fuera del territorio restringido, estaba el "Turo", en pie, alejado de los demás, soñador de soledades brumosas, con la medialuna de sus cuernos al aire, agudo y vigilante en la perezosa tarde de primavera entrante.

Reposando cerca a unos yuyales, el Ezequiel conqueaba displicente, alternando con la humareda rancia que le brindaba un pucho que parecía ser un dedo más de esas recias manos.

El "Turo", tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha y sus brillantes ojos sin agitar una sola vez los párpados, se clavaban como saetas en aquellos yuyos apetecibles. Pero no se movía, el fresco doloroso recuerdo, le envolvía el cuerpo. El toro bajaba un instante la cabeza, paseando su colérica mirada por las hinchadas bolsas de sus testículos, allí donde habían golpeado, con saña precisa, las piedras de la honda del Ezequiel.

3

Con el sudor pegado a las pestañas, picante e irritante como ácido el Maximiliano vio que el Ezequiel se movía, y sintió una vez más el doloroso coletazo de la cólera. ¡Si hubiera sido más joven! No, no hubiese consentido la estúpida crueldad del pendejo. Después de todo, había vivido una vida entera en el campo, en la chachar, y junto a la manada, a los vacas y los toros bravos, y había aprendido a respetarlos... y casi a amarlos.

Vio levantarse al Ezequiel, despacio, como si arrancase con dificultad su cuerpo pegajoso de sudor, maloliente y sucio del suelo. Nunca hubiese imaginado el Maximiliano, que el tuerto fuera como ahora sabía que era. Porque nunca, antes, había visto a un hombre así constituido, y que le sorprendió verlo, como lo parieron cuando estuvo con calenturas y tuvo que desnudarlo para bañarlo con agua tibia.

Entre una pelambre apenas aparente, tenía el Ezequiel unos cojones pequeños como uvas pasas, y el miembro era una testa como pálido moco de un pavo. También vio el Maximiliano la incurvación feminoide de las caderas y los dos chichis, del tamaño de dos pelones gordos. No dijo nada a nadie, y el Maximiliano hubiera terminado olvidándose las curiosidades descubiertas en el cuerpo de Ezequiel, de no ser porque el mozo, bruscamente, una mañana, escogiera el incomprensible camino de la crueldad y la violencia, descubriendo en él facetas del comportamiento humano que jamás se hubiese atrevido a concebir.

4

Nadie se había fijado en el Ezequiel, y aunque también tenía la mirada atada a los genitales, al igual que Maximiliano quien comentaba que el "Turo" sería un buen semental, no había en él ninguna idea comparativa, ni deseo oculto, ni vicio... ni nada. Así, cuando empuñó la honda, ni por un instante el viejo imaginó lo que iba a pasar. ¡Mira lo que hago con los cojones de ese toro! Giró la honda como un bético, y antes de que ninguno de los

presentes tuviera tiempo de decir o hacer algo, estalló el cuero en un brusco trallazo. ¡Zas! El "Turo" se encabrió como si acabaran de aplicarle sobre los lomos media docena de hierros de marcar. ¡Ese será tan semental como yo!, sonreía irónicamente el tuerto.

Silbaba la piedra, y el animal mugía, escapando lejos para gemir y consolarse donde nadie pudiera verle, como hacen los hombres de verdad, los toros de verdad... Se le hincharon las bolas al "Turo", y cuando vino el amo y después al veterinario, nada se aclaró porque nadie sabía la verdad, excepto Maximiliano, ¿Te das cuenta?, se rein el Ezequiel, ¡de poco le valen las bolas!

5

Pese a los estragos del vino tinto, el Maximiliano llegó a la conclusión de que el Tuerto era un "bicho raro", un "mala leche", que la falta de atributos de macho había generado en él una torcida manera de ver las cosas.

6

El toro ofrecía sus cuartos traseros, un magro blanco, aunque el Maximiliano vio, entre las recias patas del ostado, la masa enorme de los testículos inflamados que más parecían ubres hinchadas de una vaca que otra cosa.

Restalló el cuero, silbó el canto, y ante los atónitos ojos del Maximiliano, recibió el proyectil el toro en el lugar de siempre, cayéndose de rodillas como si hubiese tropezado con una raíz.

7

La luna se trasladaba perezosamente en medio de esa noche limpia, pese a los restos de humo y olores de las achuras y carnes que sobraron del asado. Dormían el Tuerto y el Viejo, el sueño profundo que ofrecen los demonios del vino.

Maximiliano, como casi todos los viejos dormía poco, y despertó cuando aún el sol no da señales de vida. De repente, abrió los ojos como los de un michi, y se quedó con la boca abierta, babeante, enarbolando una expresión de incredulidad.

Ahí, cerca suyo, el "Turo" respiraba el mismo aire. Pudo ver de cerca esa amplia testa filosa como espadas libertarias y sintió un estremecimiento en su flácido cuerpo liberado de la faja presintiendo la tragedia.

Quedó mudo, por el miedo, la complicidad, la velocidad, y la magia del momento. Sin que llegase a pronunciar palabra alguna, el Maximiliano vio que los casi seiscientos kilos del toro se desplazaban sigilosos en medio de las huellas del asado, las empanadas, las humitas mordiscadas y los ates cebados ya enfriados.

La cabeza del "Turo" descendió buscando con el tacto, lo que había encontrado en el olfato. Y con el cuidado que había puesto en no delatarse, hundió la afilada punta del pitón entre los pliegues de la faja del Tuerto. Lo levantó lentamente, disfrutando, y el Maximiliano solo viendo el engrosamiento de los músculos del cuello del animal por el esfuerzo.

Con la carga en el extremo del pitón, el "Turo" se alejó, despacio, sin ruido, sin despertar a su presa a la que el vino había regalado un sueño profundo.

8

A la mañana siguiente, hallaron, muy lejos del tambor, el cuerpo destrozado del Ezequiel, cosido a cornadas, pisoteado el cráneo, las tripas fuera, desnudo, con aquel asomo de minga entre las piernas. Con los huevitos pequeños como uvas pasas.

Al Maximiliano, sin que se supiera por qué, le dio una risa nerviosa.

Dos semanas más tarde, castraron al "Turo". Los que estuvieron presentes dijeron que tenía los testículos llenos de gusanos, podridos como acuyico recién escupido. El toro se convirtió en buey que es como ser un rey destronado, con recuerdos de grandeza en lo profundo de sus ojos tristes.

Al Maximiliano, sin que se supiera por qué, le dio por echarse a llorar.

JUAN A. CAMACHO BALDERRAMA. Secretario Gral. UNPE- Cochabamba. «Historia de cojones» Primer Premio en Género Cuento «IV Concurso Internacional organizado por la UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.

UNESCO.